

LA ARQUITECTURA EN FRANCIA

(Fragmento de un libro de André Lurçat)

DESPUÉS de tantos siglos de rebusca de "estilo", sin novedad constructiva, nos legó el siglo XIX, gracias a sus ingenieros y a su desarrollo maquinista, materiales nuevos y medios técnicos de realización. Sus realizaciones fueron tan notables que testifican en los ingenieros autores cualidades de audacia y valentía como no se manifestaban desde hacía mucho tiempo.

Se dió otra vez con la sana tradición, y, a la par, con la fuerza y la voluntad de éxito, esto es, de conseguir bien lo deseado.

Esto no bastaba. Después de tantas demostraciones grandiosas pero técnicas exclusivamente, los jóvenes arquitectos comprendieron su papel. Recuperar y desarrollar aquellos valores inestimables y llevarlos hasta sus últimas consecuencias: crear una arquitectura nueva y, con ella, una forma nueva de belleza que sea propia de la época. Las muchas buscas o ensayos y los muchos resultados obtenidos ya han sido, al parecer, las primicias de esa nueva arquitectura.

Los esfuerzos se coordinan, se organizan; hay ya en vías de ejecución grandes realizaciones donde cada arquitecto hace manifestación de su propio temperamento,

o cualidades propias de su raza dentro de la disciplina y la unidad de dirección. Ya se puede presentir que de tales tentativas van a salir obras de importancia como para abrir el camino a otras más completas y precisas.

Un peligro amenaza tan bello esfuerzo, sin embargo, este bello desinterés del hombre por su obra. En una época como la nuestra, en que el individuo se enfrenta continuamente con la colectividad, es muy de temer que un exceso de individualismo conduzca a ciertos creadores al abandono, a la ruptura de esa línea de conducta, de esas directrices únicas que, de momento, constituyen la fuerza y la calidad de nuestros esfuerzos. Tal peligro aparece ya: ansias de manifestaciones, de un orden personal, cuando no ha sonado la hora todavía. La pendiente será difícil de subir; conducirá a una dispersión de esfuerzos, podrá incluso conducir a una tregua o parada de muy difícil salida. Para la organización, para la inteligencia tácita, para la creación de semejante movimiento ha de poseer cada uno mucha modestia y un gran desinterés. Las obras más salientes que nos han legado los predecesores son, generalmente, las más cargadas de ese desinterés, de esa elevación moral necesaria a toda creación de calidad.

El arquitecto ha de reunir en alto grado todas esas cualidades. No se crea, en efecto, una arquitectura sino por los efectos conjugados, las buscas y ensayos múltiples y continuos de muchas generaciones.

El papel de promotor de un movimiento no es parte lo bastante bella reservada a un creador como para hacerle aceptar la disciplina y el rigor que es necesario aportar. Además, la personalidad, la originalidad de la obra, ¿no existen y se afirman independientemente de la voluntad del artista? Avancemos lenta y seguramente; prosigamos nuestros esfuerzos. Los creadores, que siempre se adelantan a su tiempo, son precisamente hechos aislados y, por lo mismo, abandonados a su propia y única fuerza.

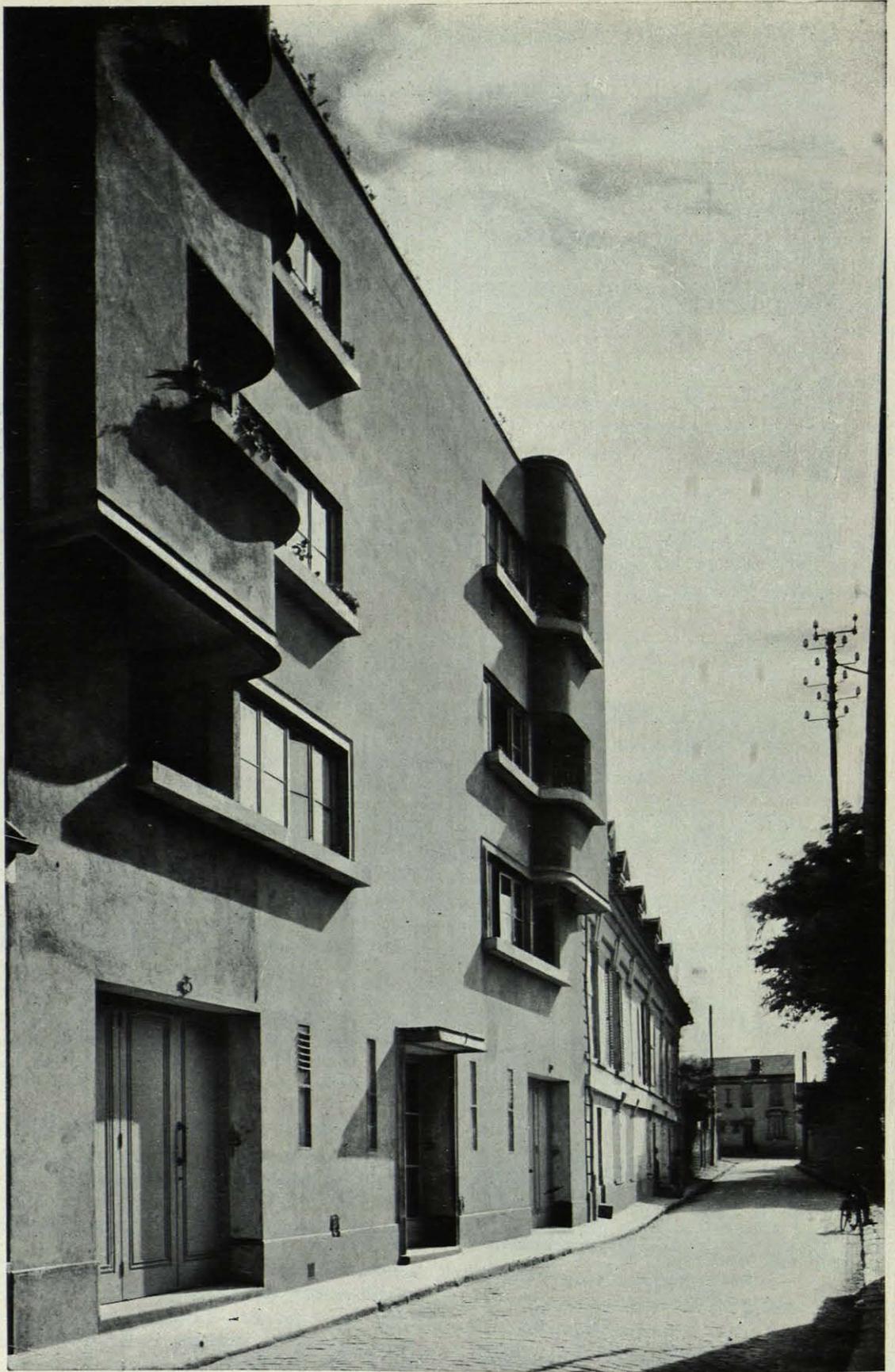
Para el esfuerzo creativo hace falta una gran fe, una confianza inquebrantable. Las primeras soluciones propuestas a los numerosos y angustiosos problemas que se plantean, se establecen sobre tantas bases técnicas, sociales, estéticas, que nos parecen muy evidentes.

Vamos buscando una verdad; la verdad que ha de ser la de nuestra época, que ha de ser su perfecta expresión.

Impulsemos, pues, nuestras investigaciones, nuestros estudios hasta los grados más altos del razonamiento. El camino de esa verdad se abre con amplitud ante nosotros, y el porvenir, que ha de juzgarnos, nos espera.



HOTEL PARTICULAR EN VERSAILLES. 1925-26.



CASA DE PISOS EN BAGNEUX SEINE.

(Arq. *Andre Lurçat*, 1927.)

La experiencia nos ha probado rápidamente que el problema debe ordenarse de este modo: antes que pensar en la vivienda, es necesario pensar en la ciudad.

Nuestras ciudades son angostas, sin relación con el ritmo de la vida moderna; es imposible vivir en ellas conveniente y confortablemente. El estudio de la vivienda moderna nos ha conducido a contemplar la calle, la ciudad; y hemos sacado la consecuencia de que solamente por una organización nueva de nuestras ciudades podrá nacer y vivir una arquitectura. Razones técnicas, sociales y económicas nos demuestran esto a cada paso y sin piedad.

Los ensayos, orientados fatalmente hacia los fines más generosos, más colectivos, se ven dominados cada día por una preocupación o, mejor dicho, zozobra de urbanismo que los hace grandes. Las casas, muy pronto, no podrán estudiarse ni construirse unas después de otras, sino en masas, por barrios enteros. Para esto tendrán que realizarse con medios técnicos muy importantes y sobre bases financieras de gran pujanza.

Examinando el desarrollo de las civilizaciones en las grandes épocas pasadas, nos vemos sorprendidos inmediatamente por este hecho: que cada una *encontró su expresión arquitectónica en un tipo particular de construcción*; y vemos que estas construcciones responden siempre al sentimiento dominante de la época en cuestión.

La civilización egipcia, la civilización griega, en las cuales la religión ocupaba el primer lugar, pusieron lo más exquisito de su genio en sus templos y en sus tumbas.

Los romanos, pueblo militar y colonizador, construyeron principalmente edificios de utilidad general: calzadas, puentes, circos, baños, teatros, imprimiendo en todos las marcas indelebles de su poder de realización.

Los góticos franceses llevaron a través de toda Europa su religión y su moral con sus catedrales.

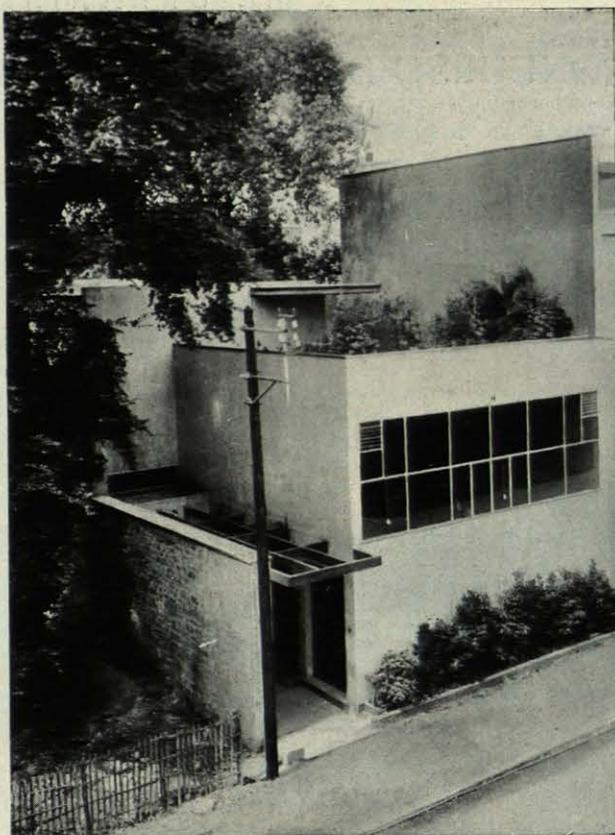
El Renacimiento Italiano construyó palacios para los poderosos de la época y los ricos mercaderes.

El siglo XIX, de pequeños burgueses, nos ha dejado pequeñas casitas llenas de encanto y espíritu.

Tal panorama nos presenta, sin embargo, la decadencia persistente de ese espíritu de grandeza en las realizaciones que distingue a las grandes épocas. Bajo Luis XIV, Luis XV, o Napoleón, un nuevo esfuerzo arquitectónico, guiado por deseos urbanísticos, produce todavía ciertas obras de técnica, pero, hasta el momento, ninguna obra arquitectónica de calidad.

¿Podemos presentir de algún modo cómo será la expresión arquitectónica peculiar de nuestro tiempo?

La idea colectivista gana terreno a cada paso; nuestras democracias modernas, desbordadas por los acontecimientos, tienen la necesidad forzosa de pensar en las masas, que invaden sin atajo nuestras ciudades, porque



HOTEL PARTICULAR EN BOULOGNE SUR SEINE. 1927.

es preciso buscarles alojamiento, fábricas, escuelas para sus niños, salas de espectáculos. Hace falta conducir las, transportarlas a su trabajo; hace falta nutrir las y distraerlas.

Para esto, es preciso reorganizar las ciudades de abajo arriba. Las soluciones de tipo particular o privado bastaban hasta hoy porque el poder y la fuerza estaban en unos cuantos, pocos números. Pero a través de los tiempos, el poder va yendo hacia colectividades cada día más monstruosas. Harán falta, por tanto, soluciones de orden cada vez más general para satisfacer el número cada vez mayor de los que tienen el poder.

Parece, pues, que entramos en una era de grandes construcciones, que interesarán sobre todo a la vida colectiva; y nuestras obras maestras parece que han de ser las ciudades-jardines, los garajes, las escuelas, las salas de reunión y espectáculos, los bloques de barriadas; en suma, todos los monumentos útiles a la vida material y espiritual de la colectividad.

No creemos por esto que en tales proyectos, de bases utilitarias, no tienen cabida las creaciones de un orden superior; al contrario. Teniendo la arquitectura ante su vista programas tan amplios por realizar, podrá permitirse, gracias a los medios técnicos, poderosos y perfectos, crear grandes obras de una calidad espiritual superior.